

# El fin de

**E**N los últimos meses del año pasado corrió insistentemente el rumor, pero sólo ahora parece confirmado. La Editorial Losada, que cumplió en 1978 los cuarenta años de vida continuada, ha abandonado las manos de su creador y constante animador, don Gonzalo Losada. La mayoría de las acciones han sido adquiridas por una sociedad particular que está procediendo a la reestructuración de la vieja casa editorial para ajustarla a nuevos planes. Qué serán éstos no se sabe aún, pero el ejemplo de lo ocurrido con otras grandes editoriales argentinas, como Emecé y Sudamericana que progresivamente abandonaron sus cauces culturales para atender cada vez más al "bestsellerismo" fácil y lucrativo, torna inquietante el signo de interrogación que acompaña la venta de las acciones de Losada.

Sea cual fuere su ulterior destino, puede afirmarse sin riesgo de error que se ha clausurado una época cultural y que la más extraordinaria y admirable empresa editorial de cultura que ha tenido América Latina ha concluido su ciclo. Quien se tome el trabajo de repasar el catálogo de la Editorial Losada descubrirá que ella ha producido una biblioteca entera, particularmente rica en literatura, que representa cabalmente lo mejor de las letras de España, América Latina y el mundo occidental. En los libros de esta biblioteca cualquier gozoso lector podría pasar la vida entera, sin asomarse un minuto a la calle, porque la mejor literatura contemporánea del mundo y también los mejores clásicos de las letras y del pensamiento encontraron su lugar en la editorial de don Gonzalo Losada.

Muchas veces he dicho que tenemos una enorme deuda de gratitud con la emigración española que a la caída de la República nos enriqueció y contribuyó al esfuerzo de modernización en que estaban empeñados los mejores de sus intelectuales. Esa deuda se nos hace tangible en el admirable aporte que permitió el desarrollo editorial. Tanto los escritores, traductores y asesores que formaron el equipo del Fondo de Cultura Económica de México (ya fundado anteriormente, en 1935, como exclusiva editorial económica) como el impulso que en el sur dio Gonzalo Losada a la industria editorial, resultaron capitales para la educación de varias generaciones de intelectuales. En Losada y

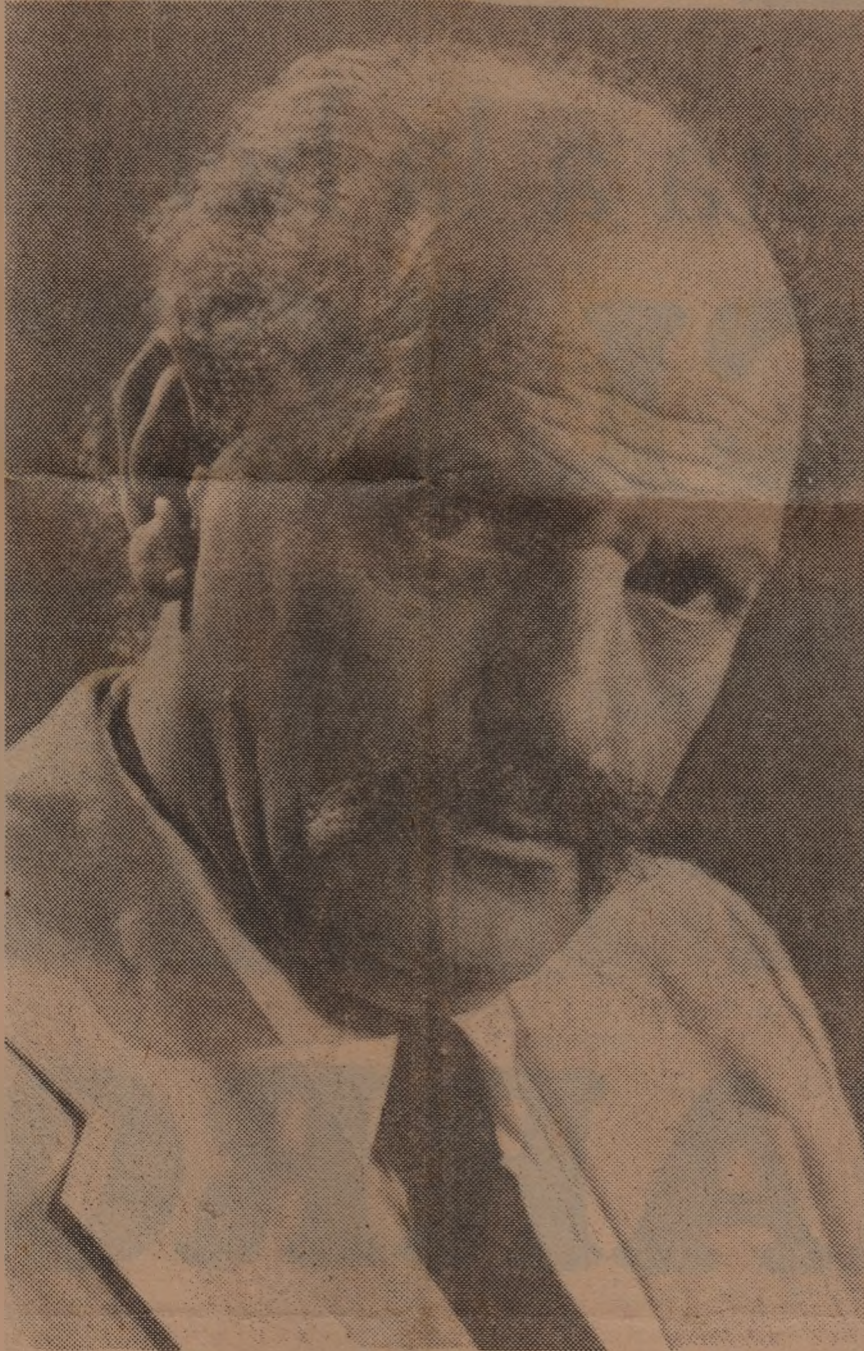
Fondo de Cultura (donde cumplió su asombrosa tarea Arnaldo Orfila Reynal antes de continuarla en el siglo XXI, que es actualmente la mejor editorial cultural del continente) habrían de formarse los escritores, investigadores, estudiosos, que han hecho esta expansión artística e intelectual del continente en las últimas décadas. Pero mientras Fondo se orientó a la ensayística, Losada se constituyó en la editorial literaria por excelencia.

Gonzalo Losada contó desde el comienzo con espléndidos asesores y fue este uno de los importantes aciertos de su gestión: Guillermo de Torre, que dirigiera la colección "La pajarita de papel" donde entraron al español las obras de Kafka, Mansfield, Lawrence, Huxley y prácticamente toda la vanguardia europea, y Pedro Henríquez Ureña que dirigió la colección de "Obras famosas", dotándonos de pulcras ediciones con atentos prólogos de su pluma de los principales escritores occidentales, dieron la pauta de estas asesorías que hoy parecen tan gloriosas como extintas. A ello se agregaron los eficientes equipos internos de la editorial, porque del mismo modo que Ali Chumacero fue el pilar del Fondo de Cultura Económica hasta nuestros días, Andrés Vázquez lo fue de Losada sin que muchos supieran de su existencia.

Lo propio de la empresa fue instaurar una "editorial cultural", es decir, una casa editora privada que, aunque debiendo operar en el medio comercial para vender libros y obtener los recursos necesarios a su desarrollo, nunca concibió una editorial como un simple negocio redituable sino como una verdadera institución destinada a difundir la más alta cultura. Tanto su fundador como sus asesores (entre los que deben agregarse los nombres de figuras claves de América y la Argentina, como Amado Alonso o Raimundo y María Rosa Lida) concibieron la editorial como un hogar de la calidad y la exigencia, como un centro de divulgación de los mejores valores del mundo, sin estrecheces nacionalistas ni concesiones al facilismo o al amiguismo. Esto hizo que el sello Losada se presentara ante toda América como una garantía de excelencia: el lector de los años cuarenta, cincuenta, sesenta, sabía que todo lo que procedía de esa editorial venía avalado por una exigencia artística e intelectual. Publicar en Losada fue un sueño de muchos escritores que,

# una época cultu

*Angel Rama*



Angel Rama.

aprovechando momentáneas debilidades de la casa, llegó a adquirirse a alto precio.

Este modelo de "editorial cultural" rigió el desarrollo de muchas otras casas, tanto en Argentina como en otros país: Emecé (que contó con la asesoría de Mallea, Borges, Bloy, entre otros) y Sudamericana que, después de haber

dado a conocer la mejor novelística mundial fue el trampolín del llamado "boom" de la narrativa latinoamericana, fueron buenos ejemplos de esta sana competencia, como lo fueron Ercilla y Zig Zag en Chile, y posteriormente, en México, Joaquín Mortíz y Era. Y las más jóvenes editoriales que se desarrollaron posteriormente, como La Flor (que dirigió Daniel

Divinsky) o Alfa (que dirigió Benito Milla) o Arca, en la cual trabajé durante años, no hicieron sino soñar con el catálogo de Losada y crecer en los intersticios que su magnificencia les permitía.

Lo que estoy llamando "editoriales culturales" se define por una preocupación por la divulgación de la mejor cultura, aun a riesgo de severas pérdidas económicas, porque se partía de la convicción de que se debía atender a los valores más que a los rendimientos y que éstos sólo se justificaban si se aplicaban a permitir la aparición de obras difíciles o de géneros de escasos lectores pero que sin embargo eran parte indispensable del avance intelectual de la sociedad. La colección "Poetas de España y de América" creada por Losada fue su mejor ejemplo: a sabiendas de que la poesía no era un negocio, se consideró siempre indispensable publicar obras de poesía, aun de nuevos escritores cuya fama estaba lejos de haberse asegurado. Ese elemento estimulante de la tarea editorial, que consiste en descubrir el autor cuando aún está en el almácigo, cuando es promesa más que fruto cuajado, cuando debe ser apoyado y defendido para que prosiga su tarea, cuando debe ser acercado a los lectores proponiéndoselos como un valor, tuvo ejemplos preciosos en la tarea de Gonzalo Losada. Muchos escritores de América le deben esos momentos únicos.

Desde el comienzo tuvo Losada la inteligencia de no proponerse una editorial argentina. Su origen español, el equipo inicial con que contó procedente de tan dispares puntos del mundo hispánico, la visión exacta del interés cultural del lector, le llevó a construir una editorial para toda la América Hispánica. Cerrado en ese momento el mercado español por la ominosa dictadura franquista, se puede decir que la cultura riquísima de España siguió viviendo y floreciendo gracias a él. Pero juntamente, lo mejor de Europa y Estados Unidos. Todo Sartre llegó a las manos de los hispanoamericanos a través de Losada, y toda la literatura italiana de la posguerra (de Moravia a Pratolini) y buena parte de la recién descubierta literatura anglosajona. La contemporaneidad fue parte importante pero no única de su proyecto. Cuando acometió los libros populares de la Colección Contemporánea, allí entraron escritores de todas partes. A imitación de la

# CULTURAL

Divinsky) o Alfa (que dirigió Benito Milla) o Arca, en la cual trabajé durante años, no hicieron sino soñar con el catálogo de Losada y crecer en los intersticios que su magnificencia les permitía.

Lo que estoy llamando "editoriales culturales" se define por una preocupación por la divulgación de la mejor cultura, aun a riesgo de severas pérdidas económicas, porque se partía de la convicción de que se debía atender a los valores más que a los rendimientos y que éstos sólo se justificaban si se aplicaban a permitir la aparición de obras difíciles o de géneros de escasos lectores pero que sin embargo eran parte indispensable del avance intelectual de la sociedad. La colección "Poetas de España y de América" creada por Losada fue su mejor ejemplo: a sabiendas de que la poesía no era un negocio, se consideró siempre indispensable publicar obras de poesía, aun de nuevos escritores cuya fama estaba lejos de haberse asegurado. Ese elemento estimulante de la tarea editorial, que consiste en descubrir el autor cuando aún está en el almácligo, cuando es promesa más que fruto cuajado, cuando debe ser apoyado y defendido para que prosiga su tarea, cuando debe ser acercado a los lectores proponiéndoselos como un valor, tuvo ejemplos preclaros en la tarea de Gonzalo Losada. Muchos escritores de América le deben esos momentos únicos.

Desde el comienzo tuvo Losada la inteligencia de no proponerse una editorial argentina. Su origen español, el equipo inicial con que contó procedente de tan dispares puntos del mundo hispánico, la visión exacta del interés cultural del lector, le llevó a construir una editorial para toda la América Hispánica. Cerrado en ese momento el mercado español por la ominosa dictadura franquista, se puede decir que la cultura riquísima de España siguió viviendo y floreciendo gracias a él. Pero juntamente, lo mejor de Europa y Estados Unidos. Todo Sartre llegó a las manos de los hispanoamericanos a través de Losada, y toda la literatura italiana de la posguerra (de Moravia a Pratolini) y buena parte de la recién descubierta literatura anglosajona. La contemporaneidad fue parte importante pero no única de su proyecto. Cuando acometió los libros populares de la Colección Contemporánea, allí entraron escritores de todas partes. A imitación de la

venerable Austral de Espasa Calpe, pero con un sentido más moderno, acometió las tiradas masivas sin mengua de la calidad artística. Y aún pudo ver el momento en que los libros mayores para públicos selectos y en ediciones cuidadísimas, obtuvieran un sitio en su catálogo: la Cultura del Renacimiento en Italia de Burckhardt, la Divina Proporción de Luca Paccioli, la obra de George Santayana y los ensayos de Leonardo de Vinci; y luego los grandes volúmenes dedicados a André Gide, a Rafael Alberti, a Pablo Neruda.

Fue un período glorioso de las letras de América, que casi parece una quimera en este tiempo de editoriales comerciales o de clubes del libro que se limitan a explotar los descubrimientos ya seguros de pequeñas editoriales, sin invertir en nuevos descubrimientos o nuevas búsquedas. Lo que hizo que tantos de nosotros decidiéramos acometer la actividad editorial, fue que en ella veíamos una aplicación práctica de proyectos culturales y un verdadero desafío ajeno a nuestras devociones artísticas: se trataba de llevar al público los valores en los cuales creíamos, por los cuales bregábamos en la crítica o en los cenáculos literarios, venciendo las dificultades económicas y materiales. Se trataba de educar y la editorial se presentaba como un lugar propicio para ejercitar el proyecto educativo, cuando frecuentemente los institutos oficiales y aún las universidades se habían tornado sordas e inconducentes a cualquier renovación.

De todo ello Gonzalo Losada fue el maestro. Durante cuarenta años construyó una casa de cultura y a pesar de las dificultades de la hora argentina, ha seguido siendo hasta nuestros días un foco de irradiación, la seguridad de que los mejores valores del arte y del pensamiento concluyen triunfando. Cuando se contempla el panorama actual, el debilitamiento de las mejores casas jóvenes, el triunfo arrollador de los productos de diversión barata, las otras prestigiosas editoriales (como Emecé o Seix Barral) dispuestas a publicar cualquier cosa con tal que se venda y vendiendo de facto su sello a las ambiciones de cualquier mediocre con venta trivial asegurada, mayor admiración merece este hombre que ha concluido un ciclo brillante de la cultura de España y de América y ha contribuido como pocos a levantar el nivel intelectual del continente.